

Habitar la mirada.

Carla Beatriz García.

La cultura es el límite flexible y a la vez inexorable de todo nuestro hacer. No podemos quitarnos nuestra cultura. La gente de diferentes culturas no solo habla diferentes lenguajes sino que habita diferentes mundos sensorios. El proceso de comunicación en el aula empieza con el imaginario o representación que obstruye la comunicación. Porque la comunicación muchas veces se frustra por la vivencia en mundos conceptuales y perceptuales diferentes. Los docentes debemos cruzar los límites culturales para oír las voces de los otros, los estudiantes. Así seremos capaces de relacionar lo que enseñamos con la experiencia de los demás. Los docentes que creemos en una pedagogía crítica trabajamos sobre una política de respeto a las diferencias en el ámbito educativo, entendiendo que la gente que lee el mundo de forma diferente produce distintas miradas de él, estas miradas son construcciones. Vivimos en una cultura que celebra las diferencias, como en la “oveja negra”, celebra las diferencias pero no las incluye; no logra construir la idea de que la unidad es diversa. Por eso los marcos conceptuales no debieran funcionar como datos sino como incógnitas, como presencias a develar, a construir. Lo que propongo al tomar el límite del marco como incógnita, es abrir un espacio mental para la duda, para la aventura conceptual, para la exploración, para convertir las ideas en una posibilidad de potenciar los encuentros. Tratar a todos los estudiantes de la misma manera es ignorar las experiencias vividas que les constituyen. Eso es verdadera violencia hacia ciertos estudiantes, porque les deja fuera de la historia, fuera del aprendizaje. No tener voz es no tener poder. Esta reflexión debe ser una tendencia central de toda pedagogía crítica, que lucha permanentemente contra la violencia simbólica en las aulas, entendida ésta como todo poder que llega a imponer significados como legítimos.

“Recordando que el arte de enseñar a aprender consiste en formar fábricas y no almacenes. Por supuesto, dichas fábricas funcionarán en el vacío si no cuentan con provisiones almacenadas a partir de las cuales elaborar nuevos productos, pero son algo más que una perfecta colección de conocimientos ajenos”.
(Jaime Balmes)

Esto es aplicable tanto a docentes como a estudiantes. La importancia del rol de los profesores como intelectuales, en la pedagogía dialógica y crítica es que no solo transmitimos cultura sino que también la producimos. Entendiendo el concepto de “intelectuales” como la gente inmersa en el discurso del “todavía no”, que puede colaborar con propuestas para aliviar la tensión entre lo que es y lo

“En un lejano país existió hace muchos años una Oveja negra. Fue fusilada. Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque. Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura”.

(La Oveja negra, fábula de Augusto Monterroso)

que debería ser. Ese es el papel del intelectual; no ser un predicador, sino ser un ciudadano capaz de emprender e iniciar la conversación en diferentes términos, acerca de nuevas categorías, que abran caminos alternativos de acción, reflexionar permanentemente sobre las propias prácticas y no trabajar acríticamente para la formación de rebaños.

Entender el carácter gnoseológico de la educación, entenderla como un acto de conocimiento, como el proceso en el que se producen significados y se construyen sentidos. La educación, en la universidad pública no puede estar atada a la cuestión de la eficiencia o simplemente de entrenar a la gente para convertirla en fuerza de trabajo. El tema central de la educación es ético y político, no simplemente gerencial. Entonces la cuestión principal de la educación es la democracia, la educación para la libertad y la formación de una ciudadanía reflexiva para lograr una lectura crítica del mundo, y así, educar con sentido para construir una democracia con lugar para todos.

Las ideas que siguen, intentan focalizar lo esencial de la problemática arquitectónica, entendida como una totalidad, como unidad dialéctica entre actividades albergadas y ámbitos albergantes, insertos en una realidad concreta. Comprender el concepto de integración presente en la definición de hábitat, entre los espacios, los hombres y las actividades; reconociendo el hábitat como el lugar y el conjunto de cosas dentro de las cuales habitamos, convivimos, jugamos, trabajamos, pensamos, etc. Los modos de habitar son los que nos expresan personal y culturalmente, en ese proceso permanente de moldeamiento mutuo entre hombres y medio ambiente, donde se concretan las prioridades y valores que caracterizan a cada sociedad. El habitar refleja de manera directa las relaciones de poder en la distribución y accesibilidad de las cosas.

“Diego no conocía la mar. El padre, Santiago Kovadloff, lo llevó a descubrirla.

Viajaron al sur.

Ella, la mar, estaba más allá de los altos médanos, esperando. Cuando el niño y su padre alcanzaron por fin aquellas cumbres de arena, después de mucho caminar, la mar estalló ante sus ojos. Y fue tanta la inmensidad de la mar, y tanto su fulgor, que el niño quedó mudo de hermosura.

Y cuando por fin consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre:

¡Ayúdame a mirar ¡”

(El libro de los Abrazos de Eduardo Galeano)

Desde esta última frase me interesa proponerles un viaje de la mirada para comprender nuestra cultura occidental del ver, cultura que nace como el dispositivo óptico que fue inaugurado por el teatro griego y posteriormente fijado por la pintura renacentista.

El espacio, deja de envolver al ojo por todas partes, para ser proyectado sobre un rectángulo recortado, que separa al ojo, de lo que éste le hace ver.

Es el juego de la presencia y de la ausencia.

La representación es como una ventana, que sólo se abre si de este lado se inmoviliza el ojo en un punto fijo.

El código perspectivista, impone a la mirada su regla y su freno, la encierra en un marco y delimita lo imaginario representado.

La representación es eso: nada sale, nada salta afuera del marco del cuadro, del libro, o de la pantalla.

A partir de la imagen del marco y entre tantos marcos posibles, yo elijo uno, Marcos Winograd.

“Al reflexionar sobre la noción de proyecto descubrí, que el proyecto no era la práctica, sino la teoría. Que en realidad el proyecto es un postulado, es la propuesta de una transformación de la realidad, pero cuya validación sólo puede devenir de una práctica.

¿Cuál es la práctica del proyecto arquitectónico? En mi opinión: el uso. Es en el uso donde se verifican o no los postulados sustanciales que han generado el proyecto.

Si el proyecto es teoría, la validación de la teoría en el caso de la arquitectura, se verifica en el uso, en la medida en que es el uso el punto de partida de la satisfacción de la necesidad inicial.

La teoría que estamos tratando de ayudar a construir tiene precisamente como fundamento leer la realidad y poder manejarse con la lectura de esa propia realidad. La interpretación de esa realidad es lo que adquiere características ideológicas.”

(Intercambios, Marcos Winograd)

Lo que digo de la pedagogía crítica, lo digo para la arquitectura.

Buscar una arquitectura que respete y no que imponga, reencontrar el protagonismo del usuario que genera la necesidad y demanda del espacio que albergue esa necesidad. El respeto por ese usuario en la afirmación de su cultura, de sus modos de habitar. Porque el desafío pasa por volver a poner en el baricentro de la problemática arquitectónica al ser humano como sujeto y no como objeto de los arquitectos, así como el alumno es el sujeto y no el objeto de la enseñanza. El usuario como protagonista y no como un mueble más del espacio arquitectónico. La importancia del uso, del usuario, que va a validar o no la práctica del proyecto, de la teoría arquitectónica.

¿Cómo se construye la pedagogía de la pregunta que estimula la curiosidad epistemológica de los alumnos?

¿Cómo construir el conocimiento a partir de una tarea de descubrimiento?

¿Cómo lograr que los alumnos se asuman como sujetos del conocimiento?

El principio pedagógico fundamental es la integración progresiva de una unidad-taller de trabajo. El Taller como fábrica de conocimientos, como ámbito pedagógico, en donde cobra gran valor el aprendizaje cooperativo, donde todos aprendemos con los otros y de los otros.

La vida cotidiana es siempre una buena puerta de entrada al aprendizaje, ya que aprendemos desde nuestra experiencia,

nuestra vida, nuestra manera de relacionarnos, “de lo cercano a lo lejano”.

Este método está centrado en una posición heurística que trabaja para la construcción del conocimiento, la maduración y la proyección de las fuerzas propias del alumno, que debe buscar su genuina expresión como miembro de una sociedad.

La aproximación comienza siendo ingenua, sensorial, empírica, vivencial e individual, sin a priori, preconcepciones o teorías arquitectónicas ajenas, y por medio de la reflexión como estrategia cognitiva, se orienta la tarea a la comprensión y construcción del concepto de espacio y sus relaciones. En esta valoración de la integridad de la persona, se rescatan todos sus mecanismos operativos, desde los manuales-instrumentales hasta los abstracto-sistemáticos.

Para mí, se convierte en un fuerte objetivo docente, para la formación de los estudiantes de arquitectura, construir la idea de: habitar la mirada.

Imagen que nos invita a viajar a la antigüedad, pero antes, les propongo detenernos en un haiku del 1600 que dice:

*“No sigas las huellas
de los antiguos
busca lo que ellos buscaron”*

Matsuo
Bashoo (1644-1694).

Con el espíritu de este haiku, continúo el viaje a la antigüedad. Para los antiguos la óptica era una ciencia de la mirada, basada en la hipótesis pedagógica de los rayos visuales, rayos emanados por el ojo, que van a incidir en línea recta sobre lo que alcanza la mirada.

Estos rayos eran considerados una prolongación del alma, una suerte de “pseudópodos”, que iban a “palpar” los objetos allí, donde éstos se encontraban.

Así procede la visión activa, como una especie de tacto que va a palpar las cosas afuera e informa al alma de sus cualidades sensibles. La visión es verdadera porque es directa. Se efectúa de hecho fuera del cuerpo, en los objetos mismos y sin la intermediación de una imagen. La verdadera visión es contacto, sensación en el objeto mismo.

Aunque haya perdido su valor científico, la teoría de los pseudópodos no ha perdido su vigencia como metáfora, como hipótesis pedagógica, como actitud a desarrollar por alumnos y docentes, sabiendo que su sentido no tiene la exactitud de una demostración, sino la coherencia de un ritmo, la orientación de un plan.

Esta idea de habitar la mirada, se acerca al protagonismo de lo personal, como habitante de uno mismo, con imágenes propias, evitando ser ocupados o invadidos desde el mirar de otros. El mirar de otros colabora en la construcción de nuestra propia mirada, sin imponer desde algún poder una mirada como legítima.

Y ahí se juega lo delicado de nuestra tarea como educadores, somos seres de umbrales, nos movemos en esa delicada franja, en que se nos manifiesta el otro y en que se nos oculta el otro.

Quedarse sólo en el umbral, es hacerlo sobre una mínima línea de sombra, la que cabe debajo de una puerta, dice la etimología. Equilibrio difícil en una débil franja de la vida ajena.

Vuelve la maravillosa imagen de Sócrates, como el partero de almas. Dar a luz, es transponer el umbral también, y allí andaba él, justo a la salida o a la entrada, para ayudar un

poco, porque el mayor trabajo lo hacen la madre y el niño. La labor pedagógica es delicada, por eso en ella, cuenta todo: los gestos, las palabras, las miradas, la pose, el espacio, el tiempo... todo.

El sentido de la práctica educativa en los talleres de arquitectura y comunicaciones, como en toda práctica, pasa siempre por lo que se hace y por lo que sostiene conceptualmente ese hacer, en el marco de una educación que niega los comunicados para dar existencia a la comunicación; educación que concibo como participación, creatividad, expresividad y relacionalidad.

El método está centrado en una posición heurística que trabaja para la construcción del conocimiento, la maduración y la proyección de las fuerzas propias del alumno, que debe buscar su genuina expresión como miembro de una sociedad.

La aproximación comienza siendo ingenua, sensorial, empírica, vivencial e individual, sin a priori, preconceptos o teorías arquitectónicas ajenas, y por medio de la reflexión como estrategia cognitiva, se orienta la tarea a la comprensión y construcción del concepto de hábitat, donde los espacios y sus relaciones, los hombres y sus actividades constituyen una unidad inescindible, inseparable. El hábitat en sus diferentes escalas, la doméstica, la barrial y la urbana. El hombre recorre esta escala habitable, cotidianamente.

Una de las tareas esenciales como docente en las cátedras, es promover en los estudiantes la capacidad de comunicarse, de expresar y potenciar las actitudes de, cambiar el mirar por el ver, en el sentido de habitar la mirada; pensar tres veces y dibujar una; ser curiosos; dudar; aprender a interrogar las formas para estudiar, e ir de los contenidos a las formas para proyectar, reflexionar sobre los modos de habitar y sobre la forma del uso. Entendida esta última, como la forma que adquieren los comportamientos de los seres humanos, como un molde que se contrapone y complementa con la estructura construida, que sería el contramolde. Comprender que tanto el hombre como su medio ambiente, participan en un moldeamiento mutuo. La dimensión cultural como una creación humana.

La esencia del aprendizaje es la exploración y el cambio.

La duda como actitud intelectual, aquellos a quienes ni siquiera se les ocurre que es posible estar equivocados, no pueden aprender otra cosa que manualidades.

La pregunta como camino docente para develar los conocimientos o provocarlos, ya que la pregunta bien formulada, aquella que es capaz de ir al baricentro del problema, formulada en el momento oportuno, abre caminos en el pensamiento y la respuesta por parte del docente muchas

veces los cierra. Por eso no creo en una pedagogía de la respuesta, una pedagogía a partir de modelos o partidos dados, porque ¿Qué leerá del mundo aquel que no tiene ideas? El valor de la pregunta radica en que una vez planteada, un alumno no puede evitar formarse una opinión.

Un alumno debe salir del taller con más preguntas que como entró, y tiene que aprender a buscar las respuestas, como un ser proactivo y reflexivo; con principios de articulación y síntesis. Entender la tarea pedagógica en el taller como un proceso en el que se producen significados y se construyen sentidos. Que hay que aprender a reconocer los campos de significación y los sistemas de sentidos presentes en el hábitat y en los usuarios, en los destinatarios de nuestra tarea profesional.

Que el alumno logre la coherencia interna, entre lo que expresa en sus intenciones y lo que produce. Que se afiance en sus búsquedas y logre desarrollarlas. Que construya mecanismos de lectura crítica del mundo. Que camine hacia lograr formular su propia teoría, su proyecto que es un postulado, su propuesta de transformación de la realidad. No hay ninguna instancia absolutamente primera que se sustraiga a nuestro ángulo, a la perspectiva que tenemos de ella, ya que no vemos las cosas tal cual son, sino como somos nosotros, por eso no hay palabras ni dibujos ingeniosos, inocentes, siempre hablan de nosotros, y como con todo lenguaje, en sus límites queda expresado el límite de nuestro pensamiento, hasta donde logramos construir nuestro conocimiento.

El pensamiento conceptual, igual que el arte, exigen un desplazamiento, una migración, un viaje de la mirada, una movilidad del espíritu. Representarse es un acto creador, es hacer cambiar de aspecto un mismo dato, para verlo de otro modo. Hacer extraño, algo familiar, para poder transformar.

Todo lo que hasta aquí hemos recorrido se puede dar, si logramos entre docentes y estudiantes un acuerdo básico: entender que para el diálogo pedagógico, por un lado tiene que haber un docente con oficio de tal, y por el otro lado, tiene que haber un alumno con oficio de estudiante ■

Agradezco a mis docentes por todo lo construido y compartido, arquitectos Beatriz Becerra, Raúl Coppola, Tomás García, Pedro Milicchio, Rodolfo Morzilli, Gustavo Pagani, y Mabel Viera.